

38-659

Fons Sant de Suuro



N.º 17

REVISTA MENSUAL

ÓRGANO DE LA

COLONIA-SANATORIO REGIONAL

— DE —

San Francisco de Borja

PARA LEPROSOS

REDACCION Y ADMINISTRACIÓN

VALENCIA: Tipografía Moderna, Avellanas, 11

Precios de suscripción: un año, 1'50 ptas.

Valencia 8 de Octubre de 1905.

A María
 Inmaculada
 en su
 año jubilar
 los
 leprosos de
 España

Consolatrix afflictorum
 o. p. n.

Lo que se está haciendo

No son pocas las personas amantes de los leprosos y entusiastas del Sanatorio que nos acosan cada día con preguntas acerca del estado de las obras, y sobre todo, deseando saber en qué fecha calculamos que podrá celebrarse su inauguración.

Nadie más interesado que nosotros en que llegue cuanto antes tan suspirado día, constándonos, como nos consta, lo mucho que lo desean los leprosos y conociendo la necesidad que tienen los pueblos de aislarse convenientemente de los enfermos para librarse del contagio é impedir la propagación.

Pero los obstáculos con que hasta ahora hemos tenido que luchar y las dificultades que todavía se han de vencer, sobre todo después que á la obra se le ha dado el carácter de regional, son de tal magnitud que no nos permiten andar tan de prisa como fuera de desear. Porque por una parte las fuentes de recursos se han reducido á una región muy limitada, y por otra los gastos presupuestados apenas se pueden reducir. Hay que adquirir muchos terrenos, todos los que comprende la partida de Fontilles, no ya sólo para aislar convenientemente á los enfermos, sino para que con el auxilio de su trabajo, cultivando las tierras puedan ayudarse en las necesidades de la vida. Hay además que edificar varios pabellones con la debida solidez, con las dependencias correspondientes y con todos aquellos requisitos que la ciencia aconseja para el bienestar de los enfermos; y finalmente, hay que asegurar una renta para conservación del edificio y garantía de la manutención de los acogidos. Por

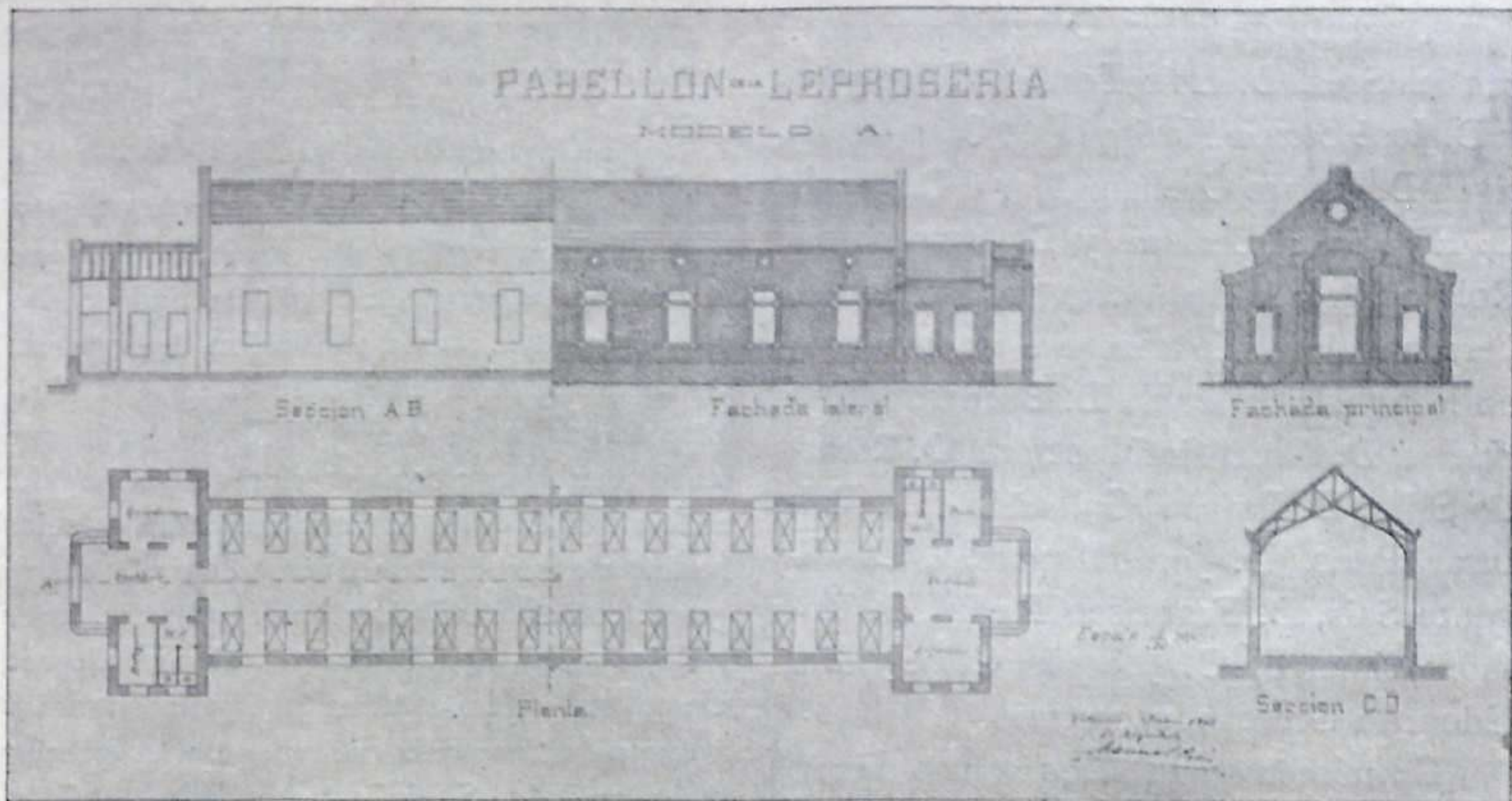
consiguiente, no se trata de una sola obra, sino que son tres las que hay que llevar á cabo á un mismo tiempo, todas de alguna importancia y sin contar para ello con otros recursos que las cuotas de los Patronos, algunas limosnas de personas caritativas y algún pequeño é insignificante legado.

Nadie debe, pues, extrañarse si vamos despacio, ó más bien dicho, nadie debe extrañarse de que no lleguemos tan pronto como fuera de desear á pesar de nuestros buenos propósitos, porque además de ser el camino largo, la carga resulta sobradamente pesada.

No se crea por esto que la Junta de Gobierno duerme; ¡ojalá que las locales lo tomaran con igual empeño é interés! Porque sin perder de vista ninguna de las tres obras indicadas, á todas dirige sus esfuerzos, y aunque lentamente, las tres las lleva adelante según la medida que permiten los recursos. Prueba de ello es que cada día se van adquiriendo nuevos campos que forman ya una parte bien considerable del valle; también siguen sin interrumpirse las obras de construcción, siendo de admirar la economía con que se llevan á cabo.

A muy pocos metros de donde se emplaza la obra está la cantera, del mismo lado de la carretera se toma el agua y el ladrillo se fabrica junto á la obra.

Tampoco pierde de vista la Junta de Gobierno la creación de una renta destinada á conservar y sostener el Sanatorio; y ya que no puede consignar al presente cantidad alguna para ese fin, sin contar con las tierras que va adquiriendo y que representan una buena renta para después, en previsión de lo que ha de venir ha logrado una Real



orden del Gobierno de S. M. para establecer en Pego una Caja de Ahorros y Socorros y Monte de Piedad, cuyos beneficios, constituido que sea el correspondiente fondo de reserva, se destinarán al Sanatorio.

Tan benéfica Institución ya ha comenzado á funcionar con los mejores auspicios, gracias al celo y discreción de las respetables personas que forman el Consejo directivo y Junta de Gobierno, que se componen de los señores siguientes:

CONSEJO

Presidente, D. Juan Bautista Giner, cura párroco. Vicepresidentes: D. Rafael Vidal Bas y D. José Vives Miralles. Vocales: D. José Sendra Ortolé, D. Joaquín Ferrando Mora, D. Enrique Bañuls Vives, D. Amadeo Folgués Sastre, D. Bernardino Sastre Ferrando y D. Salvador Miralles Sastre, y Vocal nato, D. Diego Pérez de los Cobos, Registrador de la propiedad.

JUNTA DE GOBIERNO

Presidente, D. Rafael Vidal Bas,

abogado. Vocales: D. Salvador Miralles, D. Diego Pérez de los Cobos, D. Bernardino Sastre, D. José Sendra. Secretario, D. Salvador Miralles. Tesorero, D. José Sastre. Abogado consultor, don Eduardo Ortolá Miralles.

De manera que si Dios bendice la obra, los leprosos, antes de recibir favor alguno, comenzarán á repartirlos á manos llenas por toda la región de la Marina, porque se fomentará el ahorro entre las clases pobres, el crédito en la clase agrícola, y pasado algún tiempo, pueden los beneficios ser un buen auxilio para el sostenimiento del Sanatorio.

Así lo han entendido los buenos patricios de Onteniente, Oliva y Alcira, y esta ha sido la razón que les ha movido á secundar tan benéfica obra, creando sucursales de la misma en sus respectivas poblaciones para defender y fomentar sus intereses. En marcha están ya, gracias á Dios, con gran consuelo de las personas que se han puesto al frente y no menor alegría de los vecinos respectivos.

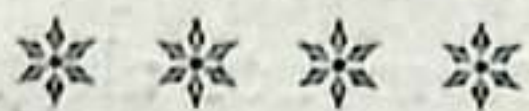
Al frente de la de Onteniente figuran los Sres. D. Luis Tortosa Calatayud y D. José Simón Marín; la de Oliva la dirigen D. Jenaro Orellana Martí Deveses, D. Higinio Pí Berlanis y D. Bernardino Roig Sastre; la de Alcira tiene al frente personas de tanto arraigo é importancia en la población como D. Bernardo Marrades, D. Ascensio Montalvá, D. Ricardo Sifre, D. Ramón Galbañón, D. Baltasar Peris, D. José Moscardó, D. Vicente Sais, D. Francisco Redal, D. Ramón Simarro, D. Joaquín Calot y don Eduardo Grustan, secretario.

En números sucesivos iremos dando cuenta á nuestros lectores de la marcha y desarrollo de estas Instituciones destinadas á remediar dos necesidades sociales de suma importancia: estímulo de ahorro y muerte de la usura.

Esto es lo que la Junta directiva puede contestar á los que se extrañan de la lentitud de los trabajos en favor del Sanatorio: el fomento del ahorro, la muerte de la usura, el desarrollo del crédito y la formación, en una palabra, de recursos permanentes para la vida de la gran obra de caridad y misericordia que representa el Sanatorio de Fontilles.

Ayudemos en tan admirable empresa todos los que sientan latir en su pecho un corazón generoso, que Dios se lo premiará, y la humanidad enferma no dejará nunca de bendecir á los que, interesándose por su bien, la sacaron de la triste situación y abandono en que hoy se encuentra.

¡Adelante con la mirada puesta en Dios y su santa Madre!



¿Es lícito al leproso llorar y quejarse?

¿Qué ha de hacer uno de estos desgraciados alejado de su pueblo, habitando en alguna cueva de la montaña y sin más compañía que el arroyo vecino, el pedregal del lado y las aves ligeras que cruzan por encima de su cabeza sin detenerse á contemplar su miseria ni dirigirle un gorjeo de consuelo? Toda queja que pudiera exhalar, ¿sería un crimen á los ojos del Señor? No, Dios no es tan cruel. Rara vez los hombres nos permiten sufrir y llorar á nuestro gusto: con el mundo hay que reprimirse, tener los ojos secos, el oído atento, el aire alegre. Un sollozo quiere estallar, las lágrimas asoman á los ojos deseando correr; pero es preciso tener cuidado. Si no estamos como todo el mundo, todos lo extrañan: la extrañeza de los demás es curiosidad, y la curiosidad es cruelmente audaz. ¡Son tan raras las veces que le es permitido á uno *ser lo que es!*

Hay, aun en los afectos, algunos que son terribles, porque tienen el derecho de ser indiscretos. El que nos ama quiere leer en nuestra alma. Si la indiferencia tiene distracciones que nos dejan al menos en libertad, el amor no las tiene; así es que nos pide cuenta de un suspiro, de una palidez, de una mirada triste. Imponiéndonos casi como un deber el ser felices, nos obliga á declararnos á él. Sufrir en su presencia es casi injuriarle; es, por lo menos, confesarle que es incapaz de llenar nuestro corazón, inhábil para curarle, y por esto preferimos contenernos más bien que exponernos á arrebatarle con una confesión semejante la más dulce de sus ilusiones.

Con Dios podemos gemir libremente. Bien sabía Él que los desgraciados no tendrían otro consuelo que el de orar y llorar; por eso nos ha hecho tan fáciles la oración y las lágrimas. Se puede cansar á una madre; no se cansa nunca á Jesús.

Estás enfermo, pobre leproso, hace ya muchos días, muchos años quizá que vives gimiendo en el lecho del dolor y dices: ¡Es posible sufrir, siempre sufrir y hacer sufrir á los que me rodean! ¡Cruel enfermedad! ¿Cuándo concluirás?

Pues bien, no temas; no será el Salvador

quien condene estas quejas, porque también Él se turbó á la vista del cáliz del sufrimiento, y exclamó lleno de mortal agonía: «¡Padre mío, si es posible que se aparte de mí este cáliz!»

Toda suerte de penas te persigue: te asombra la soledad. Ninguna mano compasiva se acerca para enjugar tus lágrimas; ningún corazón se abre para recibir tus tristes confidencias.

Para colmo de desdichas, tu alma atribulada no sabe si es digna de amor ó de aborrecimiento. Dios y los hombres parecen haberse alejado de ti, y no encontrando por doquiera más que indiferencia ó frío, dices: ¡Todo me abandona y me hallo solo con mi dolor! Tranquilízate, hermano querido, porque tienes por testigo y tendrás por juez á Aquel que, poseído de una suprema angustia, decía pendiente de un madero: «Padre mío, Padre mío, ¿por qué me habéis abandonado?»

Complaciéndote en hacer bien y en aliviar al infortunio has tenido la desgracia de contagiarte de la repugnante enfermedad leprosa, y lo que es peor, tus intenciones más puras han sido maliciosamente interpretadas. Ante tamaña ruindad de caracteres y tan mezquinas pasiones has estado á punto de despreciar á los hombres, ya que no de aborrecerlos, lamentándote de la desgracia, mayor que tu mal, de tener que vivir entre tales gentes.

Rodeado de fariseos, Jesucristo sintió también este disgusto, y un día dejó escapar esta queja del fondo de su corazón destrozado: «¡Oh generación incrédula y perversa! ¿Hasta cuándo tendré que habitar entre vosotros?»

Pobre y aislado, dice con angustia al ver á la golondrina y al gorrión que llevan el alimento á sus hijuelos: ¡Qué felices son las aves del cielo! El Señor las protege. Si aman á su familia, también encuentran con qué prepararla un lecho bien blando y con qué impedirle que muera dándole el alimento de cada día. Pero yo, ¡menos dichoso que la golondrina y el gorrión, tengo frío y tengo hambre, padezco horribles dolores y nadie viene á visitarme! —Pobre hermano mío, consuélate, porque tienes por hermano á Aquel que ha dicho: «Las raposas tienen sus cuevas, las aves del cielo tienen sus nidos y el Hijo del hombre no tiene donde reclinar su cabeza.»

Llorad, pues, gemid pobres leprosos. Con

el dulce Jesús podéis quejaros, podéis llorar y aun rechazar el sufrimiento, con tal que sea siempre, dice el buen San Francisco de Sales, dulce y amorosamente. Con Él podéis decir: ¡Señor!, si es posible que se aparte de mí este cáliz, con tal que en seguida el corazón añada aunque sea muy bajito: Sin embargo, que se cumpla vuestra voluntad y no la mía.

No, las lágrimas nunca han sido un crimen. ¿No han llorado los Santos? ¿No se vió en otro tiempo á San Agustín prorrumpir en sollozos sobre la tumba de Mónica, su madre? Y San Bernardo, aquel hombre que en su tiempo conmovía el mundo, tanto por la austeridad de su semblante como por el fuego de su genio y por la fama de sus prodigios, ¿no lloró también en los funerales de su hermano Gerardo?

Llorad, sí, las lágrimas pueden aliviaros, pero no murmuréis diciendo con orgullo: ¿Por qué esto ó aquello?, porque la murmuración, sin aliviar vuestros dolores, sólo conseguiría hacerlos culpables; pues Dios aborrece á los murmuradores, porque sus murmuraciones son una rebeldía contra las órdenes que de Él emanan. Él es el Señor, y no ama á los que con soberbia le piden razón de su conducta. El mundo entero, dice San Agustín, es un vasto crisol en el cual el justo se asemeja al oro y el impío á la paja. El mismo fuego purifica al justo y castiga al impío, y Dios es igualmente alabado en el uno y en el otro; en el uno, por la recompensa; en el otro, por el castigo; en el uno, por su misericordia; en el otro, por su justicia!

¡Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados!



UNO DE TANTOS

Salí hace poco de jira campestre con varios amigos, y después de cruzar durante media hora fértiles huertas, entramos en un terreno seco de vegetación raquítica y pobre: algunos algarrobos sin vigor ni lozanía, y pequeños cuadros de viña cuyos pámpanos rojizos se hallaban medio carcomidos por la anemia, era lo único que producía aquella tierra árida y pedregosa.

Formando contraste con este cuadro de desolación, alzabase allá al fondo del valle esbelta casa de labor envuelta en un oasis de verdura.

Parecía un repliegue fecundo de vida.

Cerca de la casa, bajo copudos algarrobos, movíanse alegremente otros compañeros de excursión que nos habían precedido para disponer la comida.

Estábamos, pues, en el punto de destino; pero antes de llegar á él tropezamos con un individuo de miserable aspecto, tumbado á la sombra de un olivo.

—¿Quién será ese?—pregunté al que nos servía de guía.

—El Royo. Un pobre hombre que ha quedado inútil para el trabajo.

—¿Y de qué vive?

—De la caridad y de lo poco que gana su mujer.

—¿Tiene hijos?

—Sí, cuatro, que caben dentro de un cesto.

—¡Infeliz!

—Dice usted bien, ¡infeliz! Del pueblo se aleja casi todos los días hastiado por la ociosidad y va huyendo del trato de las gentes porque observa que éstas le repelen.

—¿Y por qué le repelen?

—¿Qué se yo? Indudablemente por su pobreza.

—¿Y cómo quedó inútil?

—De enfermedad; una enfermedad rara que poco á poco le fué desgastando los dedos de las manos y de los pies hasta dejarlos casi cortados á cercén.

—¿Y qué dice el médico del lugar?

—Nada. De los pobres nadie se acuerda.

Con esto nos reunimos á los demás compañeros.

El objeto de la excursión, como he dicho, era una comida en el campo, y la *paella* estaba ya casi condimentada.

Tomamos asiento lo más cómodamente que pudimos y empezamos á comer.

—Llévale esto al Royo—dijo el que había hecho de cocinero á un mocetón, entregándole una fuente llena de arroz.

El chico cogió el plato y fué á cumplir la misiva.

—¿Y por qué no ha venido á comer con nosotros?—dije yo.

—Aunque fuera usted y se lo suplicase de rodillas, no vendría. Es muy raro. Huye de la sociedad.

Tenía vivos deseos de que terminase la comida para conocer al pobre Royo, y con el postre en la mano fuí á verle.

Le encontré sentado al pie del algarrobo devorando las últimas migajas de la comida.

En cuanto me vió hizo ademán de levantarse.

Yo le tranquilicé y le ofrecí un cigarrillo de papel.

El rehusaba tomarlo, pero acosado por mis súplicas lo cogió con marcadas muestras de contrariedad.

Entonces pude observarle atentamente.

Su rostro semiamorotado ofrecía huellas de dolencia crónica; aquellos pómulos abultados, la mirada triste, los labios descoloridos denotaban grandes sufrimientos.

Las manos tenían cierta semejanza á tubérculos recién salidos de la tierra, con sus protuberancias y raicillas irregulares, sobresaliendo pequeñas excrecencias como bellotas pegadas á la parte superior que representaban los dedos.

—¿Por qué no ha venido usted á comer con nosotros?—le dije afectuosamente.

—Estoy mejor solo.

—¿Rehuye la gente su compañía?

—No; soy yo el que huye de la gente.

—¿Por qué?

—El que sufre es una carga pesada para los demás.

—No lo crea usted. Aquellos son todos buenos amigos y creo que les hubiera complacido su presencia.

—Es posible; pero mi aspecto repugna y procuro aislarme de los hombres.

—Quimeras de usted.

—Tal vez.

—¿Y hace mucho tiempo que está usted así?

—Unos cinco años.

—¿Y no le ha visto el médico del lugar?

—Sí; pero dice que mi mal no tiene remedio.

—¡Quién sabe!

—Otros médicos me han visto también y dicen lo propio.

—¿Y no le han indicado qué enfermedad es la que usted padece?

—No, no me han dicho nada.

Y sin darme tiempo para más averiguaciones, levantóse tambaleando, cogió como pudo el tosco palo que le servía de apoyo y alejóse lo más aprisa que pudo de mi lado.

Sentí verdadera lástima de aquel desdichado que en la plenitud de la vida era un verdadero guñapo humano.

El pobre enfermo tomó la vereda que poco antes habíamos llevado nosotros, cruzó la loma y se perdió en la hondonada.

Indudablemente la enfermedad que le afligía era la lepra.

Ser lacerado que como tantos otros vagan por la tierra, sin recibir ningún consuelo; parias sociales que huyen de las gentes porque las gentes huyen de ellos; uno de tantos infelices que no tienen más esperanza que la de recibir en la otra vida el premio eterno á sus sufrimientos y amarguras.

¡Pobre Royo!

Al desaparecer de mi vista sentí punzadas dolorosas en el corazón, como si arrancaran de él alguna fibra interesante, y las lágrimas asomaron á mis ojos como si acabara de perder á un ser querido.

¡Cuánta falta hacen—pensé yo—sanatorios como el de Fontilles, para acoger á estos infelices lacerados!

MIGUEL GIMENO PUCHADES.



Caja de ahorros en Oliva

Hoy se ha celebrado en esta importante villa una de esas fiestas cultas, sencillas, sin aparato, que honran á un pueblo labrador, de sanas costumbres, pero necesitado de reformas en lo instructivo y económico y que le saca de aquel estado lastimoso que le tenía á más bajo nivel de otros de menor importancia, porque en todos nosotros no existe el mismo grado de amor al progreso. Hoy, repito, hemos sentido verdadera satisfacción los que, llevados de cariño hacia la patria que nos vió nacer, ya oímos anunciar anoche que esta mañana, á las ocho y

media, se inauguraría un Despacho auxiliar de Caja de Ahorros domiciliado en una de las mejores vías de esta localidad, en la calle de las Tiendas.

Efectivamente: serían las diez, he visto un hermoso rótulo sobre el largo balcón de la casa que habita D. Higinio Pi. He penetrado en el despacho, y allí he visto confundidas todas las clases de la sociedad: la humilde sirvienta, el modesto industrial, el labrador sencillo, el sacerdote virtuoso, el joven estudiante, la inocente colegiala, el hombre de carrera, la señora hacendosa y el rico propietario, todos, unos procurando por sus intereses y otros por el porvenir de sus queridos hijos, todos contribuían á implantar una institución tan hermosa y útil como benéfica.

En los concurrentes al acto expresábase en su semblante no la alegría del hombre vicioso que ríe sarcásticamente en la orgía ó en la bacanal, ni la del espíritu vil y calumniador que roba la honra ajena, ni la sonrisa del que cree próximo el momento de realizar una venganza, no; véase en los risueños rostros de estos imponentes la plácida alegría del que experimenta un goce legítimo y puro. Todos parece que recibían á su vez el rayo de tibia y agradable luz del amanecer, que anima y vivifica gradualmente los corazones; y así como de la luz, el ciego que nunca vió jamás apreciará la propiedad que ella tiene de dar color á cuantos cuerpos nos rodean, así tampoco el que jamás albergó en su pecho el amor á los de su clase, el amor á los pobres y á su pueblo natal, no se explicará mientras viva los dulces goces que estos bien nacidos hijos de Oliva han sentido esta mañana, recibiendo de manos del presidente las primeras libretas de imposición, lo cual muestra bien á las claras el vivísimo anhelo que poseíamos de adquirir el hermoso título de primeros imponentes.

No puedo pasar por alto escenas que enaltecen á un pueblo. He presenciado actos de modestia, actos de galantería, cediendo el primer lugar en la numeración de las libretas á una respetable señora; he admirado el afán que poseía un maestro de taller por inculcar en sus oficiales y aprendices la idea del ahorro, y dos horas después, abandonando el trabajo, les ha conducido á imponer unos ahorrillos en libreta;

sirvientas que se han apresurado á imponer, y sentían no poder repetir la operación hasta dentro de unos días; cariñosas madres que con abundantes razones convencían á sus queridos hijos de la conveniencia de abrir una libreta; corazón generoso que para conmemorar la fecha de la fundación repartía una pequeña limosna al pobre; candorosas niñas que agradecían el obsequio de personas allegadas, y reflexiva y patriótica señorita, que públicamente ha manifestado el más ardiente deseo por redimir á su pueblo de una esclavitud que humilla y empobrece, ha dicho: «Sólo quisiera que de mi pueblo desapareciese para siempre todo empedernido usurero.» Hermosísima frase que debiera grabarse en letras de oro. ¡Sublime y tierno espectáculo que invita á las almas nobles á pensar en el bien que se puede hacer cuando existe espíritu de cooperación! ¡Muy bien por Oliva!

Las imposiciones verificadas han sido 44; lo recaudado, 3.983 pesetas; Oliva no ha podido responder mejor, y es que proyecto tan hermoso, autorizado por Real orden, como el de la Junta de la Colonia-Sanatorio de San Francisco de Borja para leprosos de fundar una Caja de Ahorros y Socorrós y Monte de Piedad en Pego, y un acuerdo tan acertado como el del Consejo de esta institución de montar un Despacho auxiliar en Onteniente y Oliva, cuyos beneficios sean también en favor de obra tan excelsa y caritativa, no podían menos de ser altamente simpáticos á los bondadosos vecinos de esta villa.

El presidente del Despacho D. Jenaro Orellana, los vicepresidentes D. Higinio Pi y Bernardino Roig y el secretario D. Eduardo Grustan, abogado, son garantía por su celo y seriedad de la confianza que el público ha dispensado al mencionado Despacho.

Nuestra localidad, que en otro tiempo fué cuna de grandes hombres, está de enhorabuena.

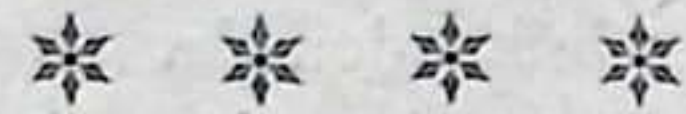
Oliva 15 de Agosto de 1905.



Crónica de la caridad

Desde la publicación del anterior número de esta Revista hemos recibido:

De D. Antonio Thomas, de Palma, por suscripción. 1'50 ptas.
De D. Pedro María Margarit, de Cocentaina, por íd. 3' >



ADVERTENCIA

Siendo grande la tirada de esta Revista, por exigirlo así la propaganda de la grandiosa obra de fundar en España una Colonia-Sanatorio para leprosos, y siendo muy escasos los donativos con que contribuyen á su sostenimiento los que la reciben, se suplica á todos los que puedan nos ayuden con sus limosnas á mantener la publicación. De no ser así, los gastos de impresión y papel son á cargo de la obra general, que sale grandemente perjudicada.

¿Quién será el que no podrá desprenderse de 6 reales al año para contribuir á la propaganda de tan caritativa Institución?

Anímense todos á trabajar por los pobrecitos leprosos, que Dios Nuestro Señor tendrá en cuenta su caridad y les recompensará superabundantemente.

Para remesa de fondos, nuevas suscripciones ó renovación de las antiguas, dirigirse á esta Administración, Tipografía Moderna, Avellanas, 11.

Se admiten para el pago libranzas del Giro-mutuo, sellos de correo y letras de fácil cobro.

Tip. Moderna, Avellanas, 11, Valencia